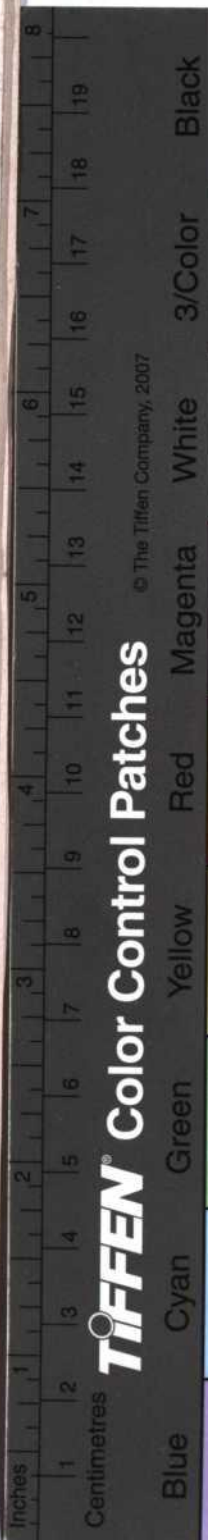




EL LIBRO POPULAR

20 céntimos



GACETILLA SEMANAL

Literatura bien pagada

Le Journal está publicándola verdadera historia de la banda trágica escrita por uno de los héroes principales, Callemín. El muerto en la guillotina legó el manuscrito al abogado que se encargó de su defensa, de esa defensa que resultó tan inútil. Porque yo no sé qué podría haberle pasado á Callemín si no llega á tener defensor; pero me figuro que no habrían podido guillotinarle dos veces, ni de manera más absoluta.

Cuando las gentes leyeron el testamento de Callemín, en el que legaba á su abogado esas cuartillas, tuvieron un gesto de lástima para el letrado.

—Le ha pagado en literatura—decían burlosamente.

Cierto. Callemín ha pagado con literatura, pero con literatura de la buena, de la mejor, de la que se vende más cara, y por lo tanto no hay que compadecer al abogado. *Le Journal* ha dado por esa literatura veinte billetes de á mil francos cada uno. No existe un escritor en Francia «y sus islas» que cobre VEINTE MIL FRANCOS por una obra.

Y yo encuentro justificado ese precio. En primer lugar, la prosa de Callemín no desmerece al lado de la del «romancier» más en boga, poseedor de las palmas académicas. Luego, que el malogrado escritor ha muerto joven, víctima de ciertas formalidades judiciales y pudo escribir poco, y, por último, que su narración tiene el doble mérito de ser al mismo tiempo historia y novela fantástica. No es exagerado el precio si se piensa en que á Callemín le ha costado la cabeza el acopio de datos para su obra. Convengamos en que la verosimilitud de su relato le ha salido un poco cara. Además, Callemín ha sido á la vez cronista y héroe. Escribir un drama será difícil, pero vivirlo es mucho más. De todas las cosas que escriben los autores, no son capaces de

practicarlas. Por ejemplo, D. Felipe Trigo, que pinta á sus personajes pervertidos y dispuestos á hacer de treinta doncellas veinte madres en una noche, sé que él no podría hacer lo mismo en dos años, no tan sólo por impedimento físico, sino porque, en el fondo, el novelista que parece tan vicioso, es un hombre casto.

No hay duda de que es más admirable el héroe de un drama que el dramaturgo. Así, entre Eugenio de Aviraneta y Pío Baroja, yo prefiero el primero. Callemín supo escribir con la mano diestra los crímenes que ejecutaba con la siniestra. Callemín es un Caballero Casanova, inferior á éste por sus ribetes de filósofo. Literariamente se le puede perdonar que matase para escribir luego la aventura; pero estaban demás las divagaciones filosóficas. El había nacido para trazar con sangre una tragedia, pero no para entretenerse en una tarea reservada á hombres más pacíficos y de menos acción. La filosofía, entre otros daños de que es responsable, perjudica al individuo que ha de ser todo actividad. En tanto averigua la razón de las cosas, no hace nada de provecho. Callemín era tigre, y á veces la filosofía le convertía en un burro. Acaso en uno de esos momentos en que abandonó su verdadero estado, lo cazaron los perros policías.

La novela que Callemín ha escrito con pluma y revólver, ha exigido además la colaboración de la magistratura, de los gendarmes y hasta del Jefe del Estado. El epilogo lo ha puesto el verdugo cortándole la cabeza al autor, como aquel rey que saltaba los ojos á los artistas para que no hiciesen otra obra de arte como la que habían hecho para su palacio. Con todo esto, la obra de Callemín bien vale veinte mil francos. Ningún otro literato podría invocar estos méritos de *Javier Baroja* ante de un editor.

Paris, 26 de Abril de 1913.

DG
COM

EL LIBRO POPULAR

Núm. 18.—6 Mayo 1913

L A P I E L

La partida Todos los viernes por la tarde, Eulogio Valdés, que era hombre metódico, se dedicaba á recordar.

Subía á la azotea, y sentado en una mecedora, con la camisa desabrochada, el abanico de palma sobre las piernas y los ojos á medio cerrar, iba poco á poco abstraéndose del presente y remontando el curso de su vida anterior. La barca del recuerdo tardaba á veces mucho tiempo en tomar la corriente, entorpecida por preocupaciones inoportunas; pero en cuanto el viento de la evocación henchía las velas, las playas de lo actual quedaban detrás, borrábanse; y cada vez era un delicioso viaje al través de hechos que de pronto se presentaban como desconocidos, que iban lentamente detallándose, hasta aparecer tamizados por la distancia y desprovistos del sentido peregrino que tuvieron un día, con ese hechizo que suponemos podríamos imprimir á nuestra existencia si nos fuera otorgado el milagro de volverla á vivir.

Recordaba la finca de campo donde transcurrió su niñez; y recordaba con tan-

ta intensidad, que en sus oídos revivía hasta el ruido del ganado que encorraban al llegar la noche, y dentro de sus ojos la quinta con sus paredes de tablas superpuestas, con sus ventanas pintadas de azul, y la veleta rematada por un gallo enhiesto. Su madre y su hermana trabajaban en la cocina, y él, con los hijos de otras esclavas, correteaba en busca de frutas, á caza de lagartos ó de gusanos de luz para encerrarlos en un frasco que de noche era lámpara viva... A los ocho años, sin que accidente alguno la originara, una hemorragia terrible lo extenuó casi hasta dejarlo sin vida, y de resultas de ella perdió la memoria, olvidando no sólo las ideas, sino hasta el ejercicio de sus miembros. Y tuvo que aprender de nuevo á andar, á situarse con respecto á los fenómenos elementales, á balbucir sílabas, que fueron poco á poco juntándose, enunciando personas ó cosas, formulando ideas. Este hecho atrajo sobre él la atención del amo y la de un sacerdote, visita asidua de la quinta. ¿Cómo aquellos dos hombres podían ser amigos? Nunca lo comprendió. Don Antonio era afable, de semblante

serio y tardos ademanes; del amo nunca podía saberse si hablaba enfadado ó no; aunque dijera cosas indiferentes y hasta halagüeñas, traslucíase tras sus palabras una intención mordaz; sonreía siempre y castigaba con dureza á los esclavos. Algunos decían que don Antonio y el amo eran parientes. Todas las mañanas entraban en su cuarto á preguntarle por la salud; cuando venía don Antonio solo, él se alegraba y respondía á sus preguntas; pero el amo le daba miedo, y muchas mañanas, al verlo, cerraba los ojos para que no le hablasen. Una vez, creyéndolo dormido, don Antonio interrogó al amo:

—Y este, ¿también será hijo tuyo?

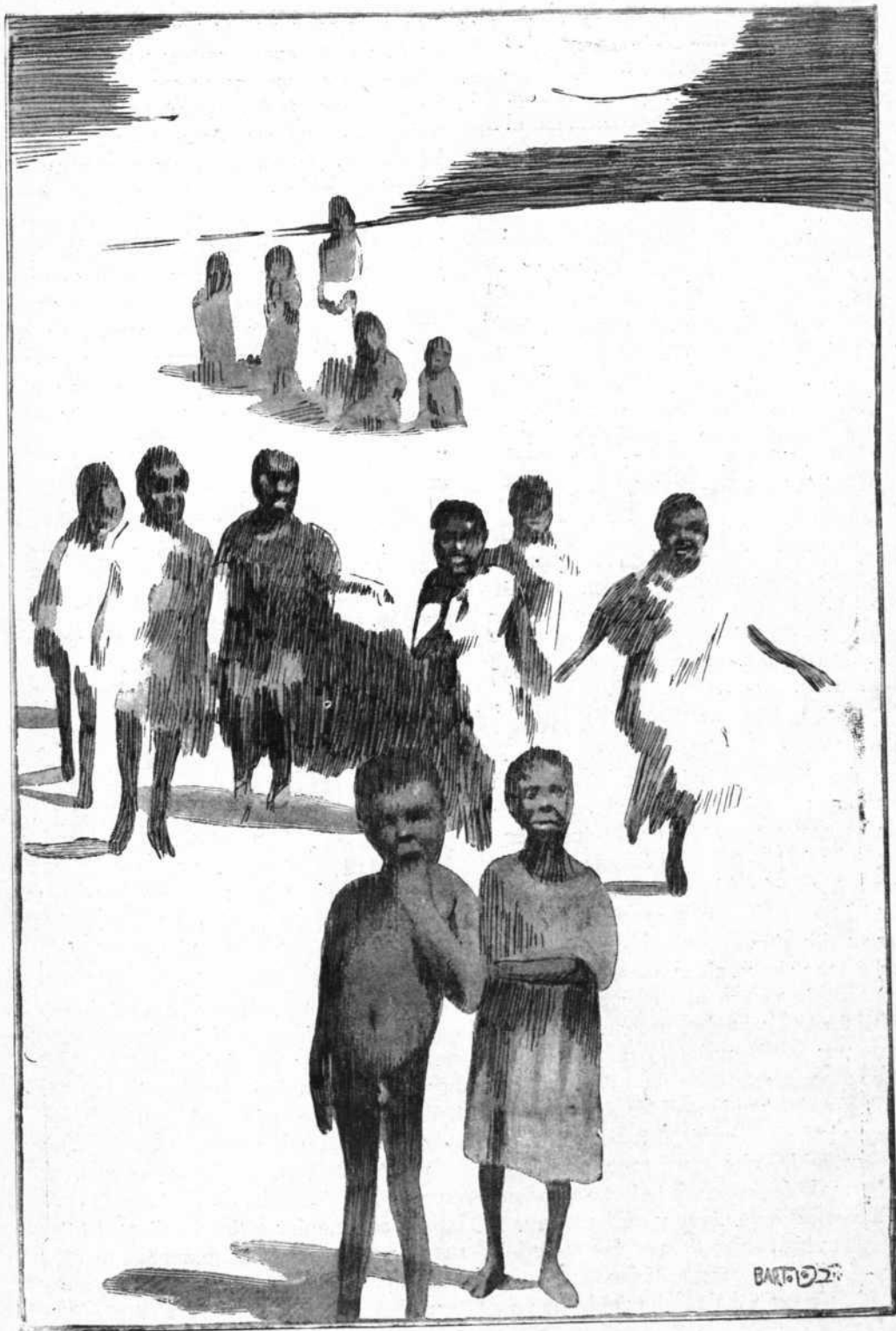
—Bah, todas dicen lo mismo, y no sé el interés que tienen, porque á mí me da igual.

Aunque tenía los ojos cerrados, Eulogio comprendió que al decir esto el amo sonreía... Luego que estuvo restablecido, don Antonio lo llamaba á menudo para darle lecciones de lectura, y al concluir, no dejaba nunca de decirle: «Muchacho, tú tienes más probabilidades que nadie para ser feliz, porque has tenido dos infancias». El amo escuchaba en silencio, y sonreía, con aquella sonrisa... En un libro de cuentos el niño pudo hallar la imagen de aquellos dos rostros que inesperadamente se inclinaban para observar su vida; el de don Antonio era la casa hosca pero honrada de los leñadores, y el del amo la casa de paredes de azúcar cande, donde se ocultaba la hechicera... Recordaba que fingiendo acceder á los deseos de don Antonio el amo lo tomó á su servicio directo, le enseñó Geografía, Aritmética, y á medida que su inteligencia iba entreviendo nuevas claridades, complacíase despistándola con bromas secas que destruían en un momento el esfuerzo de varias horas de tensión para comprender. Un día lo sentaba á su mesa, lo mimaba, y de súbito, sin causa alguna, lo dejaba sin comer y hacía que le limpiara los botas; le trajeo un trajecito de la ciudad, pero no

se lo dejó vestir nunca. «Cuando seas hombre, le decía, te llevaré conmigo á París y tendrás profesores, coches, teatros, libros, joyas, mujeres, todo menos comida. Hay que seguir el consejo del *pater*, que jura que no solo de pan vive el hombre. Al fin sólo lo superfluo es necesario, ya verás». Eulogio abría sus ojitos atónitos, amedrentado, más por el susto y por la sonrisa que por sus palabras... Un día el amo apareció muerto en el campo, sin que jamás pudiera conocerse al asesino. Lo habían estrangulado con una cuerda y luego lo clavaron en un árbol: un cuchillo le atravesaba el cuello y otro el vientre.

∴

...Al cabo de un rato la dulcedumbre del recuerdo y el calor, iban aflojando los lazos que sujetaban el espíritu á la realidad; la cabeza se abandonaba al respaldo de mimbres, y el sueño venía al fin: un sueño en el que muchas veces se renovaban las mismas imágenes lejanas, y del cual lo despertaban, ya el pregón quejumbroso de alguna vendedora de dulces en la calle, ya el vuelo de una bandada de palomas que describían amplios círculos ó espirales en torno del palomar, ya la brisa que llegaba del mar al iniciarse el crepúsculo. Entonces se levantaba, y á pasos inciertos, sin recobrar aún su personalidad, bajaba la escalera. En el cuarto á donde iba á parar había, entre otros trastos viejos, un armario de luna; y en ese espejo hendido y empolvado colocado allí, frente á la escalera, por un azar irónico, Eulogio Valdés tomaba de nuevo cada viernes posesión de sí: miraba sus labios abultados, su nariz ancha, su pelo rizado en mil minúsculas sortijas, su piel negra...; y como si cada vez se sorprendiese dolorosamente de ser quien era, se detenía un momento y dejaba libre un suspiro antes de seguir hacia las otras habitaciones...



.. con los hijos de otras esclavas, correteaban..,

Al abolirse la esclavitud, don Antonio, pretextando interés por las aptitudes de Eulogio para el estudio, consiguió de su madre que lo dejara ir con él á la ciudad para internarlo en el seminario. En el rectorio, la noche de su ingreso, hubo risas contenidas torpemente; y la vida de San Alfonso María de Ligorio, lectura merced á la cual el cuerpo y el espíritu se alimentaban al mismo tiempo, tuvo que ser interrumpida por accesos de tos que permitieron al lector participar del regocijo; hasta el rector y el chantre de la catedral, que cenaban á su diestra, se volvían para disimular la risa; los fámulos reían también, y la cara de Eulogio y la del Cristo, enclavado en el testero superior de la sala, fueron las únicas serias aquella noche.

Los primeros días fueron penosos; Eulogio sentía la hostilidad en torno; pero la costumbre triunfó de los buenos é hizo que las simpatías y antipatías se demarcaran. Los profesores le tomaron apego por su celo, por su fácil disposición para aprender, mas, casi sin sospecharlo, le ofendían de continuo, extrañándose de que siendo negro pudiera ser inteligente. Al principio Eulogio ayudaba la misa; deslumbrado por el lujo de la capilla, permanecía horas prosternado y sus narices vibraban cuando el humo del incienso llenaba la nave y nublaba las vidrieras de colores. Estudiaba con ahinco, mas, para no agravar su situación excitando la envidia, fingía á menudo en clase no saber las lecciones. Como era fuerte y bondadoso, unos fueron captados por su bondad y otros por su fuerza; sólo un muchacho bizco mantuvo su odio durante los siete años que vivieron juntos. No hubo afrenta que no le hiciera sufrir, delación, ni befa, ni oportunidad que le perdonara; no hubo tregua; y Eulogio sentía toda la atención de aquel mozo, maligna y vigilante, puesta en su vida. Tolerado por los mejores; pero sin llegar á ser particularmente querido de ninguno, había concluido por no

salir á la calle con la fila para evitar la burla de las gentes, aun la de su propia raza, que reían al ver un negro vestido de seminarista. Vagamente llegaban hasta él las noticias de las revoluciones que en turno sangriento y regular iban substituyendo un tirano por otro, una horda de ladrones ahitos por una horda de ladrones famélicos... Al principio Eulogio pensó en ser santo, luego, con más modestia, pensó en ser cura; después, al entrar en la pubertad y sentir su verdadera naturaleza, confesóse que su mansedumbre, su gran necesidad de afectos, sus anhelos de justicia, eran bastantes para hacer de él un hombre bueno, pero insuficiente para convertirlo en un buen ministro de Dios. A veces, en las noches de primavera, cuando el jardín parecía volatilizarse y un sopor pasional llenaba la celda, el sensualismo atávico lo turbaba. Además, el muchacho bizco tenía razón: «Un santo negro, era posible, mas un cura negro, á nadie se le podía ocurrir».

Al morir don Antonto, que le legó unos centenares de duros, Eulogio se sintió desamparado en el Seminario. Su madre y su hermana estaban sirviendo en la capital, y en las cartas, que dictaban á un memorialista, lo llamaban siempre. Eulogio pensó en la Universidad. Acaso allá... Anunció al rector su decisión y nadie intentó retenerle. La última noche no pudo dormir; cien exaltaciones ahuyentaban el sueño. Los cuatro muros de su celda donde se había consumido siete años, le parecían tomar un aspecto nuevo, sentir como él la separación. Al fin habían sido siete años tristes, es verdad, pero tranquilos; siete años en los que estuvo grandes lapsos de tiempo sin casi sentirse vivir. ¿Qué torbellinos le aguardaban en la nueva vida?... Dejó la cama, fué sin ruido al corredor, y acodado en la baranda, se puso á contemplar el jardín. Cuatro hileras de persianas verdes marcaban los dos pisos del Seminario, envuelto en la paz de la noche, y los árboles, abajo en el patio,

se movían con un susurro cordial. El pozo rebosante de agua de lluvia, guardaba en su fondo la luna, y parecía un ojo de turbia pupila... Pensó en el muchacho bizco y miró á su cuarto, donde también había luz: sin duda lo espiaba. ¿Contra quién dirigiría su vida necesitada de odio aquel muchacho? Tuvo miedo, un miedo pueril de que quisiera matarlo aquella última noche, y se encerró en su celda con llave.

Al día siguiente dejó para siempre las ropas talares y partió para la capital.



En la Universidad su vida mejoró. Las vidas de sus compañeros no estaban confinadas como en el seminario y teniendo numerosas válvulas por donde dar suelta á la necesidad de bien, de mal, de acción, en fin, no pasaron de las primeras burlas y lo dejaron libre. Corrían entonces vientos de democracia. Muchos de los profesores estaban mezclados en la vida política y comprendieron la ventaja de elogiar al nuevo discípulo trocándolo en cebo con que atraerse más tarde la gran cantidad de negros que había en el país. Mejor preparado para los estudios por la disciplina del seminario, Eulogio descollaba en las clases, y su fama rebasó pronto las paredes de las aulas para ir á ser como una buena nueva de esperanza en los círculos políticos, en las casas de vecindad donde vivían los negros en una promiscuidad antigua, deseosos de encontrar un jefe capaz de encauzar la fuerza que les confiriera el sufragio universal. Prematuramente arrancado á la vida de estudiante por las solicitudes de los suyos, Eulogio se dispuso á comenzar su obra. De su vida claustral guardaba un gérmen de fatalismo católico, y creyéndose instrumento de la voluntad divina, sacrificó sus preferencias personales para erigirse en redentor de su raza. Sus primeros pasos fueron de triunfo; sí, él sería el guía de los suyos y con solicitud de buen pastor haría que el

rebaño subiera dulcemente el sendero; mas la complejidad de la vida ofrecióle pronto los primeros obstáculos; la envidia y la burla se daban las manos por encima del camino; y el camino era abrupto y el rebaño, mostrándose rehacio al consejo, se descarriaba muchas veces. Los esclavos se habían manumitido, pero la esclavitud moral era más visible, más vejaminosa que antaño. Ni un paso había dado aún el alma de la raza hacia la redención; seguía la herencia africana, el bárbaro instinto sanguinario, los bailes frenéticos, al son de gritos guturales de ritmo tan pronto colérico como doliente; la creencia en Dios coexistía con los ritos de la liturgia gentilica, con las ideas mal asimiladas de democracia. Para ellos libertad valía tanto como libertinaje y autoridad igual que tiranía... Eulogio obtuvo destinos, fué diputado. Al principio se hizo la ilusión de dirigir el movimiento, pero pronto dióse cuenta de que no hacía sino seguirlo, ser un autómatas más, impulsado por fuerzas recónditas, ancestrales y obscuras, á las que era inútil oponerse. A pesar de su deseo de vida simple, sus mismos partidarios le compelián á buscar la sociedad de los blancos; por haber asistido á un baile, recibía más enhorabuenas que por haber pronunciado un discurso. Y bien pronto las pasiones ajenas se adueñaron de su personalidad y lo convirtieron en juguete de explotación fácil. Por natural tendencia á la hipérbole se exageraban sus defectos y sus virtudes. En un semanario satírico un pobre hombre que dibujaba de oído lo representaba cada número en un altar rodeado de angelitos negros. Cada cual se apropiaba el derecho de utilizarlo, de engañarlo, como si la impunidad de las infamias dependiese del color de la piel de quien las recibe. En vísperas de elecciones se publicaba la noticia de su adhesión á un partido, y al día siguiente, cuando la rectificación veía la luz, era tarde ya: sus partidarios de provincia y el campo habían ido á engrosar

los votos del autor de la superchería. Y no valía protestar, debatirse: la cosa se tomaba á broma; la gracia monótona del semanario volvía á repetirse y la opinión pública jamás dejaba de celebrar el hecho. Muchas veces Eulogio pensó renunciar, abandonarlo todo. La desesperación acrecentábase en su casa donde veía á su hermana y á su madre, rescatadas por él de la servidumbre, sosteniendo concubinatos á espaldas suyas, sin otra norma de fidelidad que el capricho, desdeñando toda idea de moral y llegando á decirle una vez que por qué no se había quedado en el seminario si tan santo era. Sólo pensaban en ponerse sombreros, en echarse polvos de arroz, en aceptar clandestinamente ofrendas que él rechazaba, en justificar á cada hecho el dictado de mono de imitación de los blancos. Y en estas escenas domésticas veía Eulogio una síntesis de toda su raza deseosa de ponerse al nivel de la blanca, ó sobre ella, sin mejorarse; adivinábase en los caudillos negros envidia de los cohechos, de las prevaricaciones y negocios realizados por los blancos; gobierno era para ello sinónimo de botín... ¿Y por qué era él tan distinto? ¿Quién le transmitía la aspiración de orden moral sentida desde la infancia? Una noche, ansioso de esclarecer esta constante duda, interrogó á su madre; ella titubeó, adquirió ese color ceniza que toman los negros al turbarse, y después de pronunciar dos ó tres nombres se encogió de hombros. El la hizo callar y, confuso, tragó además de su afrenta la que su madre era incapaz de sentir. Aquellas dudas acerca de quién pudiera ser el autor de su pobre vida tenían, sin embargo, una luz de certidumbre: Eulogio sentía bien que su padre había sido un hombre de otra raza.

∴

Como no era general, su prestigio no era inviolable, y como carecía del don de hablar de prisa y del de expresar con afir-

maciones aquello de que no estaba seguro, la masa de su partido se decepcionó. Se le llamaba soñador, que era allí eufemismo para llamar tonto; si decía que el ideal de democracia no ordenaba rebajar al superior hasta la bajeza del inferior, sino tratar de elevar á éste, sentía la burla de los negros y la de los blancos herirle con desprecio igual. Su dolor más hondo era comprobar que sus ideas chocaban solo por provenir de él; otros hombres expresaban ideales semejantes y nadie se reía. Era su piel, el pigmento maldito... ¡Y sentía que la herencia de su padre desconocido era aquella pobre alma blanca cautiva en su cuerpo!...

Y sufrió no solo por ver á los otros medrar, mientras él se estancaba reduciéndose á ser un ídolo decorativo; sufría más aún por aquello; á quienes pensó redimir, cuyo destino sería constituir la perenne carne de cañón en las revoluciones, ser pedestal de logreros, parias contentos con las comparsas salvajes que cada año, en carnaval, dejábanles celebrar los gobernadores. Su oposición á estas fiestas concluyó de arruinar su prestigio. Seguía siendo diputado, pero al sentir que no podía asumir la voz de los suyos no quiso intervenir en los debates. Era el primero que llegaba al Congreso y el último que se marchaba. Triste, silencioso, como una escultura de ébano, permanecía en su escaño. Envidiosos de su mismo campo organizaron una manifestación que pasó ante su casa lanzando denuestos, alaridos, y concluyó como todas las cosas de la raza, en danzas lúbricas: esas danzas donde la pantomima del amor y la del homicidio se exaltan, se confunden y son como plegarias, ofrendas y holocaustos á un Eros infernal.

Eulogio cayó enfermo. Ya convaleciente, el médico, al observar que estaba mudando la piel, le dijo:

—Se va usted á levantar hecho otro hombre.

Eulogio miró la nueva piel, reluciente



... los bailes frenéticos...

bajo la piel antigua que se arrugaba al desprenderse, y repuso:

—¿Sabe usted, doctor, si puede cambiarse el corazón?

—Hombre, con el tiempo... Compañeros de París aseguran...

E iba á explanar una teoría, cuando Eulogio con un gesto doloroso lo interrumpió:

—No, doctor... Aunque pudiera ser, yo no cambiaría el corazón. En el fondo de un corazón que ha sufrido mucho, se está orgulloso, como de una bandera que salió hecha jirones del combate... ¿Verdad, mamá?

La negra que entraba, sonrió con sus dos filas de dientes luminosos, sin comprender.

∴

Se miró en la luna hendida del espejo, dejó libre un largo suspiro, y echó á andar hacia las otras habitaciones. Eran las siete; la hora en que debía recibir la comisión de su partido; y Eulogio tuvo el presentimiento de que algo decisivo de su vida iba á producirse en aquella reunión.

Despertado por la impaciencia, debió bajar más temprano que de costumbre, porque al pasar por una alcoba su madre, á medio vestir, le salió al encuentro, y con inhabilidad cruel le cortó el paso, como para dar tiempo á que alguien pudiera escapar. No era la primera vez que ocurrían escenas análogas, pero el alma de Eulogio estaba aquel día en carne viva y sintió la herida con mayor intensidad. La puerta de la calle sonó al cerrarse precipitadamente; entonces su madre, de súbito tranquila, le dijo:

—Te esperan en la sala esos caballeros, hijito; iba á avisarte... Deja que te bese.

Esquivó con repugnancia el beso y tuvo que desasirse brusco, pues ella, obstinada, insistía. En la sala, vestidos de blanco, con los rostros á la vez solemnes y

bufos, estaban cinco hombres aguardándole: el presidente del comité de barrio; un senador, dos caciques de provincias y un diputado mulato surgido en la última campaña electoral. Eulogio sabía que este último había sido el incitador de la manifestación en contra suya, conocía sus ambiciones y su deseo de anularlo para erigirse en jefe del movimiento racista; en varias ocasiones consiguió parar sus asechanzas, más aquel día, después de la escena con su madre, el desaliento debilitó su ánimo, y al entrar y leer en los ojos de todos que una batalla iba á librarse, sintió de antemano el afán de ser derrotado.

La cuestión se planteó enseguida. Después de algunas circunvoluciones oratorias, el mulato concretó el tema de la conferencia. De tiempo en tiempo, sus compañeros de comisión le hacían coro, para estimularlo:

—Ilustre compañero, el paso que damos nos es doloroso, eminentemente penoso, eximio compañero. Las circunstancias y el amor á la patria, únicamente, nos ponen en el deber de...

—Sí, únicamente mirando los sagrados intereses de la patria... —añadió uno; y otro:

—Esa patria por la que todos debemos sacrificarnos...

Eulogio bosquejó un ademán de impaciencia. Aquella fraseología de parodia tan propia de la raza, aquellos lugares comunes copia de las profanaciones que en casi todos los discursos políticos se hacía de la patria y sus reliquias, lo hirieron de tal modo que tuvo cerca de los labios una frase de insulto. Dominándose interrumpió:

—Al grano, amigo.

—Le repetimos, que sólo en nombre de...

—Sí yo tomo la palabra—dijo aún el mulato—es por obedecer á la designación. Soy el menos capacitado; pero... hay que dar ejemplo de disciplina... En fin, no vamos á discutir intereses personales sino otros intereses mayores, otros...

—No vamos á discutir nada. Si es la

jefatura del partido, yo la renuncio. Se anticipan ustedes á mi propósito.

Hubo una protesta general. Los ojos del mulato resplandecían de júbilo. Uno de los caciques terció:

—No se trata de renunciar. Claro que la dirección espiritual del partido es de usted, que usted la conservará siempre... La unión, á usted se la debemos. Pero...

—Necesitamos en estos momentos un hombre de acción, un hombre con menos escrúpulos que usted. No se sonría... Usted ha sido siempre demasiado honrado, y los partidos políticos no pueden tener la misma moralidad que los individuos. Su carta publicada ayer por *El Noticiero* nos pone á mal con una compañía poderosa que nos había ofrecido ayuda pecuniaria para las próximas elecciones... Usted es un romántico, un sabio, un *soñador*, y hemos pensado...

—Hemos decidido...

A estas palabras sucedió un silencio embarazoso; comprendiendo que callar mucho rato podía ser interpretado como una retirada, concluyó el mulato:

—Acabamos de tener una entrevista con autorizados miembros del Gobierno, y nos han dicho que, como sanción á sus méritos, le ofrecerán un puesto consular en Inglaterra. El partido vería con gusto que no desairara el ofrecimiento. ¿Comprende usted? Es la primera vez que se acepta nuestra cooperación para representar al país en el extranjero, la primera vez que el Gobierno no nos oculta dentro de casa como si se tuviera vergüenza de nosotros. Se trata de sentar un precedente ventajoso para el partido. Y ninguno en las condiciones de ilustración, de talento, de... en fin...

Eulogio bajó la cabeza y cerró los ojos. Todos aguardaban su respuesta. El mulato se encogió en la silla con un gesto felino, dispuesto á repeler el ataque... En un segundo pasaron por la memoria de Eulogio todos sus dolores: su incapacidad de adaptación, su ineficacia para la lucha, la ingratitud del medio ambiente, y otro dolor más agudo aún: su madre, su hermana... Se levantó, contuvo con tan viril esfuerzo las lágrimas, que hasta logró sonreír, y dijo:

—Apto.

Los otros que esperaban la resistencia, quedaron un minuto mudos. Luego prorrumpieron todos á un tiempo en felicitaciones:

—Esperábamos de usted ese civismo...

—El partido sabrá reconocerle...

—Allí estudiará usted y nos traerá enseñanzas...

—No esperábamos

menos de su reconocida...

Y el mulato, en voz baja, al despedirse:

—Un uniforme precioso, amigo. Con las charreteras, la espada y el sombrero de plumas, va usted á parecer un general.

Los acompañó hasta la puerta. Los vio alejarse. Debían ir comentando el suceso. A veces se detenían un momento y manoteaban. El mulato volvió furtivamente la cabeza. Al verlo, aceleraron el paso y torcieron por la primera bocacalle.

Cuando entró en la sala, su madre y su hermana que tenían la prudente costumbre de escuchar detrás de las puertas, lo esperaban y le gritaron con acento amenazador:

—¿Conque te vas?... ¡Eso no es posible, no es posible!



... sonrió con sus dos filas de dientes luminosos...

—Sí, no decidme nada... Me voy. Os dejo los muebles, la casa... Podéis contar siempre con la mitad de mi sueldo para vivir.

Se abrazaron á él llorando, y él se enterneció. Había caído la noche. Las tres cabezas negras se fundían con la sombra y los trajes claros albeaban vagamente: vistos desde lejos hubieran parecido tres espectros decapitados. De pronto la hermana se desasíó del abrazo, y preguntó:

—¿Y cuándo te vas?

❖

El buque salió una mañana. El aire diáfano corría largo trecho ante los ojos sin dejar juntarse el cielo y el mar. La despedida fué entusiasta: su madre, su hermana y el mulato que iba á sucederle en la jefatura del partido, lloraron. La muchedumbre llenaba los muelles; un periodista de *El Noticiero* dió una nota de humorismo escribiendo que nunca había estado el puerto tan «negro» de gente como aquel día... El buque comenzó á cortar el agua tersa escoltado por remolcadores; reían las banderas, reía la playa bajo el Sol, dijérase que se hubiera podido andar sobre el mar. En la cubierta los viajeros apiñados contra las bordas cambiaban los postreros adioses. Inclinándose sobre la baranda, Eulogio contemplaba el paisaje. Había casi olvidado que era él quien iba á partir; los muelles se alejaban, se alejaban, se alejaban; todo se empequeñecía lentamente hasta que el aleteo de los pañuelos se hizo invisible... De pronto la sirena llenó la bahía con su clamor trágico; y como si aquel lamento fuera á despertar la sensibilidad dormida en su alma, dos lágrimas se iniciaron en sus ojos, resbalaron un instante sobre la piel negra, y fueron á amargar el mar...

La tempestad —Dos maletas sólo, ¿verdad?

—Sí, sí, gracias.

—Iremos directamente á la pensión.

—Como usted quiera.

—A usted le habrá sorprendido esto; es otra vida, otro mundo. Viniendo de allá...

—Un poco, sí.

Montaron en un *cab*. Si el cochero en vez de estar detrás del vehículo, sobre el que pasan las riendas, hubiese estado debajo y el caballo encima acostado en una litera, Eulogio Valdés, en lugar de sorprenderse, se hubiera dicho: «Esto sigue». Desde que desembarcó en Southampon su extrañeza crecía en vez de menguar con la costumbre; no era sólo el primer choque, no, tenía razón su colega: aquello era otro mundo, otra vida. Y una tristeza que no dejaba concretar la sucesión de paisajes y hechos, iba larvándose en su alma é incitándola á formular la primera idea de arrepentimiento. En Birmingham, la ciudad de su destino, el cónsul á quien iba á relevar lo recibió mitad hostil, mitad irónico, rehuendo sin disimulo hasta la menor familiaridad y reduciéndose á la cortesía estricta. El primer testimonio de esta actitud fué darle á entender que lo llevaba á una pensión no ya por el precio, sino por evitar la posibilidad de que no lo admitiesen en un hotel... Era medio día, pero sobre la ciudad pesaba una luz de crepúsculo. El humo de las fábricas que rodean Birmingham formaba con el aire, saturado de humedad casi palpable, una atmósfera semejante á la de un túnel. Sentado en el *cab*, junto al cónsul que sonreía, Eulogio miraba con sus ojos lánguidos pasar las grandes calles por donde hormigueaba una muchedumbre presurosa, las tiendas, los edificios públicos: el centro de la ciudad, donde se concentra la vida activa y donde no reside nadie; el coche se internó luego por vías menos



... u a rubia de ojos negros y cuerpo fino ..

concorridas, hasta ir á dar á esas calles formadas por dos hileras de casas de ladrillos, todas con sus dos pisos, todas aisladas, todas iguales, todas orilladas por sus parodias de jardín, en los que avan-

zan galerías acristaladas en forma de tambor, hechas para dar entrada á una luz que no existe. Era una calle de orden y de angustia, monótona como una galería de nichos. Hacía frío; Eulogio pensaba,

estremecido, en los días tórridos de su país; sentía gravitar todo el plomo del cielo sobre su alma; pero no queriendo abandonarse al pesimismo de la primera impresión, se repetía: «Esto pasará, esto pasará».

El cónsul saliente le entregó el consulado; es decir, le entregó un escritorio vestido, unos cuantos papelotes y unos sellos de caucho que era todo cuanto constituía aquel consulado, tenido durante mucho tiempo, en calidad de honorífico, por un comerciante y elevado á categoría superior por obra y no gracia de un ministro tan irrespetuoso del Presupuesto nacional, como deseoso de colocar á un deudo. Aunque el antiguo cónsul honorario era el enemigo lógico de todos los cónsules de Taití, ofrecía, cada vez que uno nuevo llegaba, cederle una habitación en su casa con la esperanza de no tener que mudar el escritorio—que ya no estaba para tales aventuras—, el día en que un ministro relativamente honrado volviera á reducir la categoría de la oficina. Además, como era el único exportador para Taití, la facilidad para visar sus facturas le compensaba el gasto. El señor Hohstkis era un viejo judío polaco, renegado de su religión y de su patria; hablaba muy poco español y era exaltado panegirista de la cultura y del progreso ingleses. Su primer cuidado era indisponer al cónsul entrante con el saliente, tarea no difícil, pues éste siempre consideraba á aquél como responsable de su cesantía. Había tenido, sobre la preocupación primordial de amasar dinero, dos preocupaciones suplementarias: su colección de sellos y el volver á ser cónsul de Taití. Cada vez que veía visada una factura suya por otro, sentíase desventurado y tomaba en la desventura razón de odio hacia el usurpador. Pero sabía esperar como buen israelita, y habiendo visto que cada ases nato de un presidente traía aparejado el cambio de personal en toda la República, el señor Hohstkis confiaba en el tiempo y en la irascibilidad de los taitianos.

Como el trabajo sólo consistía en certificar cuatro ó cinco facturas al mes y Eulogio sentía en la oficina la antipatía de todos y la enemistad del señor Hohstkis, se dedicó á errar por la ciudad. Los demás cónsules, excepto el chileno, eran honorarios, y renunció á visitarlos para evitarse nuevos desaires. Rara vez veía á su predecesor, ocupado en los preparativos de viaje y en despachar una correspondencia de don Juan grafómano. No sabiendo nada de inglés, las relaciones en su casa se le hacían penosísimas. De buena gana hubiera cambiado de alojamiento, pues, además de robarle, observaba que sus huéspedes tenían reparo de albergarlo, no perdonando medio alguno para hacerle comprender que era objeto de una concesión; mas la timidez no le consentía intentar nada, seguro de hallar, tras cada tentativa de mejora, un desencanto. Comía solo, en silencio, aceptando ó rechazando por señas una comida insípida, y esperando en vano algo que le recordara los manjares sazonados con especias de su país. Se acostaba temprano y dormía mal, con sobresaltos; de madrugada ya lo despertaba el temor del día próximo; y cuando corría la estrecha ventana de guillotina, una niebla densa entraba en el cuarto. Después de tomar un desayuno copioso y siempre compuesto de lo mismo—lascas transparentes de jamón, huevos, rebanadas de pan, mantequilla, mermelada y te—, salía sin rumbo... La curiosidad burlona de los transeuntes lo azoraba. La gente del pueblo le soltaba cara á cara una risa procaz. Si se detenía ante un escaparate, jamás dejaba de ver reflejadas en el cristal caras vueltas hacia él. En los restaurantes, en los teatros, en todas partes sentíase objeto de una curiosidad adversa. Y por huir de ella entraba en cualquier cinematógrafo, y hundido en un sillón, sin pensar en nada, sin mirar siquiera las vistas, dejaba que el programa transcurriera dos ó tres veces, insensiblemente, como inmerso en

aquella tiniebla que sólo cortaba el haz luminoso proyectado de un extremo á otro de la sala.

Comprendía que, por su raza, la parte de Inglaterra que hubiera podido convenir á sus aspiraciones estaba cerrada, y que sólo lo áspero, lo brutal de una civilización sin ternura se presentaba ante su deseo, humillándolo. Su voluntad no lograba imponerse; sentía que, poco á poco, las nociones adquiridas con tanto esfuerzo iban desprendiéndose de su espíritu lo mismo que si fueran capas mal adheridas de pintura, y dejaban su personalidad escueta, inesperada. Era el desquite de la herencia materna contra el influjo paternal largo tiempo enseñoreado de su ser. No valía dudar: su voluntad y su cerebro eran menos fuertes que su sangre y que su corazón. Parecíale como si su pensamiento fuera ennegreciéndose. Sobre su pasado optimismo caía la losa de una desesperación del color de su piel. Melancólico, víctima de atavismos confusos, sin fuerzas para abrir un libro y fijar la atención, ni reaccionar contra la soledad, pasaba las horas. Necesidades hasta entonces apenas exigentes retorcían su organismo. Eulogio esperaba siempre que su vida cambiara, mas los días se amontonaban detrás de él, y aquella hosquedad del clima y de los hombres proseguían inmutables. Consciente del riesgo de abandonarse así á la depresión del espíritu, á veces en su casa ó en el cinematógrafo se esforzaba en pensar, y sólo tres ideas subían desde el fondo de su ser y se concretaban en su mente; tres ideas primitivas, tres ideas de negro: la comida, las mujeres y el sol.

∴

El día que llegaba correo de Taití era un día de tregua. Corría las cortinillas de papel para olvidar en lo posible la ciudad; encendía la luz, y junto á la chimenea, casi achicharrándose, pasaba horas y ho-

ras leyendo periódicos y cartas, que eran menos numerosas cada vez. Todavía al día siguiente vivía del recuerdo del anterior; pero el tesoro de sugerencias se agotaba pronto, y entences ya no le quedaban al mes más que otros dos días que esperar: la víspera de la salida de correo para su país, y el día de ir á la oficina á firmar las facturas. La víspera de correo era el mejor: sentado ante la mesa, escribía cartas á todo el mundo: á familiares, á amigos, á conocidos, hasta á enemigos; cartas extensas llenas de pormenores y de confidencias, cartas que luego, en momentos de lucidez, rompía con rubor, medroso de lo que hubieran pensado «allá» de aquellas efusiones injustificadas.

Empezó á tomar lecciones de inglés en la escuela *Berlitz*; pero la lentitud en aprender lo hizo desistir. El antiguo cónsul, al irse, le aconsejó que se hiciera socio del *Cosmopolitan Club*; dócil al consejo, fué dos veces, y pudo convencerse de que tampoco allí encontraría un rincón íntimo donde mitigar sus nostalgia y adquirir gradualmente las condiciones precisas de aclimatación espiritual. Era una sociedad donde iban alemanes á beber cerveza; belgas, viajeros de comercio; ingleses necesitados de aprender idiomas extranjeros, y una horda de argentinos más británicos que los mismos ingleses, con sus gorras, sus pipas hediondas, su aire superior y su manía de sonar el dinero y de no hablar castellano. Conoció allí, en cambio, al cónsul chileno: un pobre hombre, casado ó no con una austriaca, de la cual era cautivo. Aquel pobre hombre debía tener también su historia lastimera, y sin la dominación de su mujer hubiera sido para Eulogio un camarada. Dulce, sencillo, fué el único que no rehusó su contacto como el de un leproso. Le ofreció su oficina, y Eulogio, al principio, iba á menudo á visitarlo. Viéndolo trabajar sin reposo, lo envidiaba, y temiendo molestarlo permanecía mudo. La mujer llegaba á las cuatro en punto y no dejaba

nunca de dirigir á Eulogio algún desaire del cual la disculpaba el chileno en la entrevista siguiente.

—Ella es así, ¿sabe? buena; pero... dispéñse-la, pues.

Eulogio tuvo la certidumbre de que el chileno tenía disgustos domésticos por él, y dejó de menudear sus visitas. Sólo cuando al salir de su casa llovía mucho, poseído por el terror de volver á entrar en su cuarto, iba, abría tímidamente la puerta de la oficina, y sonriendo con una de esas sonrisas que parecen el llanto de la boca, le decía:

—Perdóneme, amigo... Voy á estarme aquí hasta las cuatro menos cuarto. Pero no haga atención en mí, siga su trabajo... Con saber que usted habla español, que usted me... vamos, me parece que no estoy tan solo.

Volvió á sonreír; el chileno sonreía también y le alargaba un periódico. Y Eulogio leía desde el artículo de fondo hasta los anuncios, releía todo prodigiosamente interesado por aquellos hechos desconocidos y remotos, leía aun algunos párrafos de los artículos políticos... é iba á empezar otra lectura, cuando el chileno tosía suavemente:

Eran las cuatro menos cuarto y la señora podía llegar.



... en torno del "buen hombre," que les enseñaba las canciones de moda.

Las respuestas á su petición de traslado no le dejaban esperanza de conseguirlo: después de su marcha, entre su partido y el Gobierno hubo rozamientos y las relaciones eran tirantes. Espere usted unos meses—le escribían—; ahora sería difícil

de obtener y acaso redundaría en perjuicio del partido cualquier súplica. Y Eulogio pensaba con ira en la imposibilidad de rehuir su destino que lo supeditaba siempre á ajenas voluntades. Esperar... esperar... La palabra le parecía un insulto...

del pecho. Al término del trayecto el cobrador quiso hacerlo bajar; ninguno de los dos pudieron entenderse: al cabo, el empleado fué á cambiar el trolley y miró á Eulogio, tranquilo ya, porque éste le había mostrado un chelín.

Con la entrada del invierno se agravó su mal. Hacía muchos días que no iba á ver al chileno acosado al fin por una declaración explícita de la austriaca. Un día, errabundo, sin saber que hacer, subió á un tranvía para ir hasta el final del trayecto y regresar; sentado en el segundo piso, con la cara pegada al cristal, estuvo la hora y media que duraba el trayecto; fué un verdadero viaje al través de barrios sórdidos en donde el frío no dejaba fermentar la miseria; las casitas de ladrillos enfilábanse en perspectiva sin fin; luego empezaron á verse fábricas, y durante mucho tiempo las chimeneas llenaron el horizonte á uno y otro lado, primero por grupos, como dedos de manos gigantes; después más nutridas, como mástiles en un puerto; al fin compactas, como un bosque cuyo fronda se hubiera vuelto loca y se agitara, se prolongara, formase un palio y se trocara por infeliz capricho en humo bituminoso que arrancaba lágrimas de los ojos y tos

Al bajar del tranvía Eulogio Valdés quedó sorprendido. De pronto creyóse objeto de una alucinación, pero no, no era un fantasma ni era él mismo visto en un espejo: era otro negro, ciclópeo, harapososo, con una gorra encasquetada y un gabán muy largo, otro negro auténtico. Andaba á largas zancadas y Eulogio, sin saber para qué, comenzó á seguirlo. Y mientras seguía su marcha fatigosamente, pensaba:

—¿Por qué no seré yo como él? ¿Por qué el bueno y maldito de don Antonio se interesaría por mi vida? En este gran país donde los hombres dan la impresión de brutalidad, de hosquedad, y el conjunto de una colmena laboriosa, sería necesario ir desarrapado para que se perdona el ser de una raza inferior. Sólo hay aquí dos caminos para un hombre de mi color: ir al *Music Hall* á ser pasto de una risa de la turba ó á una fábrica á ser bestia de carga. A ese perdulario lo miran con indiferencia, y á mí con encono, porque usurpo los vestidos que pudieran cubrir á un mendigo inglés.

El negro torció por una calle y Eulogio tuvo que apresurar el paso para no perderlo de vista. Cuando hubo acortado la distancia, sin detenerse, siguió pensando:

—Aquí se desprecia á los judíos pero por su número y por su dinero se les consiente... Siquiera los judíos mataron á Nuestro Señor, y sus profetas predicaron siempre el exterminio. Pero nosotros... ¿Qué hemos hecho nosotros? Dios no es justo. Y los judíos pueden negar: una nariz corva ó una expresión de ave de rapiña no son tan inconfundibles como la piel negra, negra, negra... Como esta maldita piel negra, con la cual todo intento es estéril, hasta el de ser el pobre hombre mediano, acaso hasta útil, que hubiera podido ser yo de tener otra piel...

Había andado mucho en pos del negro y de improviso se encontró al volver una esquina junto á él. Su inglés era fantásti-

co y el del otro, prostituído con palabras de gerga, se le hacía aún menos inteligible:

—Mi Taití... Island... Spanish... Yes.

—I see... Jamaica... Rotten weather.

Esto se lo repitieron muchas veces. Luego entraron en un bar. Eulogio no bebía, mas el otro bebió por los dos. No podían entenderse, y sin embargo, Eulogio estaba contento. Para acceder á las exhortaciones de su amigo desconocido, tuvo al fin que beber un vaso; pagó y salieron. Excitado por la falta de costumbre de beber, con los ojos húmedos y ardientes, bajando la voz, Eulogio le preguntó:

—Muchachas... Mi pagar... Girls...

El otro le mostró misteriosamente al policía gigantesco en medio de la calle. Dijo palabras incomprensibles y precipitadas, y echó á correr. Eulogio lo estuvo esperando mucho tiempo, seguro de que regresaría. Transcurrió una hora; empezó á nevar, y como el hierático policía lo mirase con insistencia, se fué.

La nieve caía silenciosamente; no blanca, sino gris, á causa del humo. Al día siguiente la ciudad ostentaba una belleza trágica: de los tejados pendían los témpanos congelados durante la noche, y en las calles la nieve, en capa espesa, crugía bajo los pies. Las agujas de los relojes públicos, no pudiendo vencer la resistencia de la nieve helada, quedaron detenidas, y en las calles aristocráticas los árboles se agobiaban como abuelos canosos. El frío penetraba hasta los huesos, parecía arrugarlos y entumecer la medula. A pesar de él, Eulogio fué al bar donde había estado la víspera, con la esperanza de encontrar al negro; defraudado, encerróse en su casa, pues las noches de los sábados una multitud de obreros y obreras invadían las calles céntricas. El domingo, el terrible domingo inglés en que sólo están abiertas las iglesias y los establecimientos de bebidas—los dos centros espirituales—lo pasó en la cama.

Como un clínico bastante sereno para anotar los síntomas de su propia dolencia y diagnosticarla, Eulogio Valdés observaba que su razón se iba agrietando. Un sér hasta entonces ignorado, á pesar de accionar en los yacimientos de su alma, un sér impulsivo, sensual, infantil, se rebelaba contra las trabas con que la razón pretendía reprimirlo. Y ese sér, Eulogio se daba bien cuenta, venía desde más allá de él mismo, de luengas generaciones esclavas bajo el cielo fúlgido de Taití y de otras más lejanas aún, libres en las selvas y arenales de Africa. Por un desdoblamiento de su personalidad, un «yo» crítico, severo y atento á las manifestaciones del nuevo sér estaba siempre alerta. Y esa parte delicada, que era la causa de su infelicidad, venía del padre desconocido, acaso del maldito amo... En los ratos de introspección Eulogio se comparaba á un volcán largo tiempo apagado: ignoraba ser tan exuberante; luego de haber sido notado de altivo y glacial entre los suyos, sorprendíase ahora de aquella necesidad imperiosa de comunicación y de afectos que, insatisfecha, llegaba á turbarlo como un mal vino.

Una de sus manías era ir á ver salir trenes. Llegó á comer en los restaurantes de las estaciones para hacerse mejor la ilusión de que iba á partir. Las lucecitas rojas, al alejarse, lo deprimían morbosamente. Luego, en su casa, tenía crisis de furor; sus manos crispadas y muy abiertas caían en recios golpes sobre las almohadas; temeroso de perder el uso de la palabra, hablaba á voces, de repente le subían á la garganta sollozos y á los ojos lágrimas; un día que el Sol surgió borroso de entre las nubes, comenzó á bailar, y al verse en un espejo, su ser crítico fué á reprochárselo; pero el nuevo, el, fuerte, el verdadero ser ahogó el reproche con un encogimiento de hombros. Sin perder nunca esa parte inquisitiva de su persona, se ponía á vestirse y á desvestirse muchas veces, para pasar el tiempo; sacaba de una male-

ta las cartas de su madre y las leía. En la última decíanle que su hermana iba á tener un hijo... ¿De quién sería ese hijo? Una onda de benevolencia lo hacía ver de otro modo acciones antes vituperables. Se enfurecía, se reía, y después, igual que si un enjambre de cantáridas lo envolviera, partían de todos sus nervios ansias de violaciones, de estupros, de placer; cuerpos opulentos de mulatas poblaban su imaginación: las había dominadoras, sumisas, histéricas, de miradas extraviadas y bocas insaciables; y el recuerdo de mujeres vistas antaño, sin casi saber que reparaba en ellas, lo obsesionaba. Recordaba especialmente dos: una rubia de ojos negros y cuerpo fino, casi sin formas, y una niña núbil apenas, de óvalo virginal y pupilas malignas que vió un día bajo una sombrilla tornasol en... ¿En dónde la había visto?

Cuando estas visiones lo atormentaban demasiado, temiéndose, se echaba á la calle; pero aun en la calle tenía alucinaciones frecuentes, durante las cuales, yendo sobre las enlosadas aceras, en esos días de niebla amarilla, pegajosa y opaca, creía hallarse en Taití, ver ante sí las calles pinas con sus casas claras, con sus ventanas floridas, sus quicios de piedra; su calle familiar, somnolente de exceso de vida, y llena al caer de la tarde de caliginosas sombras moradas. Una de estas veces subió al *Club* dispuesto á preguntar por el chileno, y en el bar se encontró con un grupo de argentinos en torno de un caballero que hablaba español; osadamente, por oír hablar, se acercó al mostrador y pidió, por señas, que beber. El orador se expresaba con esa corrección excesiva de los que hablan perfectamente un idioma extranjero; hablaba tan pronto serio como sarcástico, y los oyentes lo desaprobaban con gestos unánimes.

—Sí, sí, convénzanme ustedes de que la pluralidad del voto que da una fuerza de reacción á los ricos, de que el latifundio, de que el derecho de primogenitura son

formas ideales de régimen. Nieguenme que aquí se trata de retardar el despertar del pueblo, fomentando la vanidad nacional y la afición á beber. Y de las mujeres no hablemos; no tienen más que ir en verano á los parques, á las playas; darse un paseo cualquier noche por los barrios extremos. El amor al aire libre debe influir en la fortaleza de la raza.

—Esas son macanas—dijo uno de los argentinos.

—Yo no sé como ningún erudito no se ha tomado el trabajo de descubrir que Tartufo era inglés; yo estoy convencido. Pero la fría corrupción que cubre esa gasa de buena apariencia tendida aquí sobre todas las clases sociales, no engaña á nadie, creanme.

Eulogio se acercó atraído por la simpatía. El que hablaba había continuado:

—Aquí se dice todo en secreto, y lo mejor es no decir nada, sino hacer; yo he tomado ese partido con las muchachas y me va á maravilla. Aquí se fuma, se bebe y hasta se... bueno, se hace todo con gravedad, y el puritanismo ha logrado dar un aspecto decente á la borrachera cotidiana. Sólo cuando la embriaguez adquiere un carácter excepcional, solemne, evangélico, se ven ademanes descompasados y se oyen voces en tono mayor...—¡Ah, si hubieran estado ustedes en Londres cuando el coronamiento de Jorge VI—Entonces familias enteras cogidas por las manos, pasean una *jumera* enfática; y las ciudades inglesas son como grandes toneles calafateados con patriotismo.

Los argentinos, contrariados, se despidieron. El orador, viéndose solo, se acercó á Eulogio y le preguntó:

—¿Habla usted español?

—Sí, señor: soy de Taití...

—Caramba, hombre..

—Pero no opino como esos señores; por lo que he podido conocer de Inglaterra... Usted no es español, ¿verdad?

—No, francés; pero he vivido quince años en España, y para mí no hay

nada tan bello como una corrida. Ah...

—Yo no conozco España ni Francia.

—¿Y en qué piensa usted? No se puede vivir sin conocer París, amigo: París es todo; la civilización del mundo respira por París. Y España también hay que visitarla, después. Mientras el individuo, el hombre, fué la suprema fuerza, España marcó los rumbos. Hoy...

— Bajaron del *Club*. El francés se le colgó del brazo, y hablaba sin reposo. Eulogio comprendió que hablaba para sí mismo; pero, ¿qué no hubiera soportado él con tal de oír hablar español?... Las gentes se volvían á mirarlos, y en el fondo de su percepción, de aquella fina percepción que empeoraba sus males, Eulogio discernía que aquel aire ostentoso con que el francés proclamaba su amistad, era como un escupitajo lanzado á los ingleses, y un nuevo desprecio para él. Pero poder hablar así lo embriagaba. ¡Hacia tanto tiempo!... Y decidieron pasar juntos las horas que faltaban al francés para ir á la estación.

—¿Ha reparado usted que aquí piensan que todos los extranjeros se entienden entre sí?

—La palabra continente es en Inglaterra sinónimo de salvaje. Cuando dos de estos brutos se insultan, se llaman «sucio extranjero»... Yo los odio.

—Si usted supiera...

Eulogio iba á deslizarse por el plano inclinado de las confidencias; pero el francés lo interrumpió:

—Estos barrios de calles sin personalidad, en las que, desde lejos, nadie puede reconocer cual es su casa... Tenga usted por seguro que cada domingo hay en todas ellas hombres con los pies sobre lo alto de las chimeneas, con un libro que no leen encima de las piernas y la botella de whisky al lado. Hay una caricatura inglesa que dice: «Si el whisky llega á constituir un impedimento para sus negocios... abandone usted sus negocios». Ellos dicen que es caricatura, pero ¡quía!... Y ese



... camino de un puente tendido sobre un estanque..

orgullo, ese creerse el pueblo elegido... Yo conozco un metodista que piensa firmemente que en el Cielo no habrá extranjeros.

—Pues ellos bien poco cristianos son.

—Y cuando uno oye esas cosas, para no saltar, les suelta una «boutade»: Yo le dije al metodista que en el infierno habían ya quitado de la puerta el letrero del Dante, que era poco sobrio, y habían escrito simplemente: «On parle français».

Por fin Eulogio pudo contarle sus pesares; el francés pareció condolerse. Ya en la estación le sugirió:

—¿Y por qué no se va usted á París? Allí hay sol, animación, hospitalidad latina; allí se cura usted, amigo. Con dejar aquí una estampilla con su firma para que

sellen las facturas, está todo hecho. Ea, piénselo y verá... Nueve horas de viaje... Aquí tiene mi tarjeta por si se decide.

Al arrancar el tren Eulogio lo siguió corriendo un momento junto á la ventanilla, para prolongar su felicidad.

—Adiós... Ya sabe.

—Sí... Adiós... Adiós...

La lucecita roja se alejaba, y Eulogio quedó inmóvil en el andén, hasta verla confundirse con otras, desvanecerse después en la lejanía. Los empleados que arrastraban con estrépito carretillas metálicas, le restituyeron á la realidad. Al verse de nuevo en la calle, le pareció que aquel tren le había arrebatado algo muy querido, y que á partir de entonces, su

soledad habría de ser más lúgubre, más inexorable, más cruel. .

∴

Aquella noche tuvo una pesadilla espantosa: La ciudad estaba desierta bajo un cielo gris, sin nubes. Ningún signo de vida: un vasto silencio llenaba las calles, en donde yacían, de trecho en trecho, automóviles parados, tranvías inmóviles, coches cuyos caballos habían desaparecido. Ni un hombre, ni un perro, ni un pájaro, ni siquiera una ráfaga de aire para mover los árboles. Eulogio enderezó sus pasos hacia los barrios céntricos; pero también allí la vida había sido detenida sin violencia, acaso más horrorosamente por el orden en que quedaron las obras de las criaturas arrebatadas sin dejar vestigios de sus cuerpos. Al través de las vidrieras veía Eulogio los grandes almacenes solitarios, los cafés, los restaurantes; y en las calles, que parecían más anchas, resonaban sus pasos. Un pavor inmenso lo impelía á andar, á correr, á huir sin saber de quien..., de nadie, del vacío que se prolongaba en torno suyo. Una vez miró frente á sí, ilusionado, creyendo ver: no, era su propia imagen que copiaba un espejo. Fué á la oficina del chileno; el ascensor no funcionaba, subió las escaleras, abrió la puerta, entró: nadie. Como todo estaba abierto recorrió varias oficinas, hallando en todas el mismo abandono. Otra vez en la calle sintió acicatarle el hambre que desde horas antes lo mortificaba; pero el miedo no le permitía entrar en ningún sitio. Después de titubear más de dos horas, vencido ya, se aventuró en un restorán, se sentó y llamó con la esperanza de que alguien acudiese: nadie. Fué al mostrador y comió de prisa, sin escoger, mirando á todos lados. Volvió á llamar: siempre nadie. Salió. La luz comenzaba á mermar y penumbras silenciosas invadían ya las calles estrechas. Entonces, despavorido, sin atreverse á esperar la noche, corrió en

la quietud y en la soledad, camino de un puente tendido sobre un estanque, en las afueras; y al precipitarse desde la altura, cuando ya la muerte le aguardaba en el fondo del agua con los brazos abiertos, le pareció que toda la ciudad se animaba, que mil caras se asomaban á la baranda del puente para verlo, y que hombres, animales y cosas, resurgidos de pronto á la vida, lanzaban al mismo tiempo, con el mismo rictus sardónico, una carcajada.

Dos días más tarde, siguiendo los consejos del francés, salía para París.

III

El puerto París fué al mismo tiempo bálsamo y reconstituyente espiritual. Su felicidad era tan intensa que hasta sonreía sin pensarlo. Aquello era la ciudad soñada: vasta, harmónica con sus turbulencias y sus remansos en donde la vida, aquietándose, convidaba al reposo. Y sobre todo, el pasar inadvertido, el poder sentirse en las terrazas de los bulevares, ante un bock de cerveza y ver desfilar tipos de todas razas y mujercitas frágiles, que le sonreían lo mismo que si fuera un blanco, con sus labios amplificados por el colorete, formaba la mejor parte de su dicha. Una primavera temprana acariciaba la ciudad. A lo largo de las avenidas los árboles querían ya dar á luz sus renuevos, y con sólo rascar las cortezas rugosas con el bastón, percibíase la vida profunda que los conmovía. Eulogio se quedó admirado cada mañana, al ver el rayo de sol que entraba á saludarle, de que unas cuantas leguas al Norte y un brazo de mar pudieran entrañar tal cambio. Los bulevares, el bosque, las inmediaciones de las tiendas de lujo y de los grandes almacenes, estaban llenas de mujeres: había mujeres por todas partes, con ramos de violetas ó de «muguet» en el seno, y el perfume de las mujeres parecía

haberse transfundido con el ambiente de la ciudad y ser su propio aliento. A medio día, camino del «Daval», Eulogio se extasiaba viendo los corros de modistillas en torno del «buen hombre» que les enseñaba las canciones de moda. En el restorán era feliz: los espejos multiplicaban la alegría; el vaivén de tipos, el gusto de la comida, la vecinita aquella que después de comer se pintaba delante de todo el mundo los labios y sonreíale mimosa al salir... Era otra vida; no hacía más que un mes que la vivía y ya Eulogio no concebía otra. Los camareros lo saludaban respetuosamente al recibir las propinas; en las tiendas lo recibían con esa obsequiosidad untuosa que no deja nunca de tener el francés ante el dinero, trataban de adivinarle el pensamiento, celebraban su francés de pan llevar, y Eulogio, mecido por la voluptuosidad, se decía: «Londres se presenta ante el extranjero grave, extensa, hermética, como una mujer tal vez adorable pero que oculta en el mismo gesto de desconfianza sus encantos y sus defectos; Birmingham es una moza cuyos músculos han perdido en el trabajo la gracia del sexo, y para descansar de la tarea ha decidido beber, apartarse de la limpieza y la coquetería, hacerse bestial, hedionda, agresiva como un macho; París es una muchachita vivaz, cuya alma sube á los ojos como la espuma del champán á los bordes de la copa, quiere vivir deprisa y quiere, sobre todo, parecer bien, para guardar en el fondo de la media de lana unos cuantos luises y ser á la vejez rentista...» Y contento con estas clasificaciones, dejaba transcurrir sus días en paseos por los Campos Elíseos, por la «rue Royale», por el anacrónico bulevar Saint Michel ó por las orillas del Sena, deteniéndose ante las cajas polvorientas de libros, que ofrecen una cruel lección á la vanidad de los escritores. Sus economías sirvieron para pagar la acogida. Al principio se divertía más en la calle, como si el hecho de confinar su felicidad en un solo

espectáculo, fuera reducirla; luego quiso conocerlo todo, y la vecinita del restorán fué un guía experto. No hubo taberna de Montmartre, *chope* del *faubourg*, teatro de los bulevares ni café del «barrio» que no visitara. En *Luna Park* y en *Magic City* gozó como un niño. Es verdad que todo costaba caro, pero ¡se pasaba tan bien!...

A los pocos días de llegar estuvo á visitar al francés que conociera en Birmingham; lo recibió cordialmente, pero á Eulogio le pareció que estaba ocupado y que su visita no era oportuna. Se despidieron, y aunque el francés no le instó para que volviese, Eulogio, dándose cuenta del olvido quiso renovar la visita quince días más tarde. La portera no lo dejó subir; el señor—le dijo con ese aire socarrón que parece servir al deseo de que se note la mentira—, está en viaje y no sabemos cuándo volverá. Si Eulogio no se hubiera sentido tan contento, tan borracho de luz, aquéllo hubiera sido la primera decepción.

Aunque convino con Mr. Hohstkis que realizaría frecuentes viajes de dos días á Birmingham, como recibía cada semana una postal suya diciéndole: «Todo es muy bien», no juzgaba justificado el sacrificio. El deslumbramiento de su nueva vida le sugería el horror de todo cambio, por efímero que fuese, y pensaba con pavor en Inglaterra, en el canal iracundo donde creyera morir de mareo. La semana próxima sin falta—se prometía—, iré; pero la semana próxima otra postal de mister Hohstkis, con su invariable «Todo es muy bien», lo incitaba á diferir el viaje. Su antigua hostelera no dejaba tampoco de mandarle la correspondencia particular—cartas y periódicos— que llegaba para él.

No hacía nada, y sin embargo le faltaba tiempo para leer los periódicos, que formaban pila sobre su mesa de noche; las cartas tenía que leerlas á retazos; á veces hallaba en el fondo de los bolsillos cartas que no había concluído de leer. Es-

cribía poco y remitía la correspondencia bajo sobre á Mr. Hoshtkis para que éste la echara al correo en Birmingham. Decididamente Mr. Hohstkis era un hombre simpático.

Una mañana, estando aún dormido, la camarera del hotel entró para entregarle una carta certificada. Eulogio recordó de improviso que durante muchos días no había recibido cartas de Taití, y tuvo miedo. Firmó el recibo y cuando la camarera se fué, no sin prodigarle el mohín canalla de costumbre, aun estuvo dando vueltas al sobre un rato sin atreverse á abrirlo. Un presentimiento de desgracia suspendía su acción. Era de Inglaterra, pero no era letra de Mr. Hohstkis. ¿De quién sería?... Notó que ante su nombre estaba escrito «Señor» en lugar de «Monsieur»... Rasgó al fin el sobre con resolución súbita. Había que saber, todo era preferible á la duda. Al leer los primeros renglones la impresión fué tal, que la escritura tornósele turbia... En su ausencia Mr. Hohstkis había enviado sin requisito alguno una partida de armas que exigía declaración especial. Como por aquellos días agitaban á Taití temblores sediciosos y las armas iban consignadas á un mulato, revolucionario de profesión, el Gobierno se apresuró á confiscarlas y á nombrar un nuevo cónsul en Birmingham. La carta era del nuevo cónsul, quien, muy digno, en un estilo altisonante sembrado de cargos y de reflexiones de alta política, le participaba haber tomado posesión de la oficina abandonada... Al principio Eulogio pensó en protestar, en decir la verdad y declarar una falta leve para ponerse á cubierto de la imputación de desleal que se le hacía. Iba á vestirse, cuando tuvo la idea de hojear los periódicos que empaquetados aun reposaban sobre la mesa de noche. Leyó los últimos y entonces comprendió que todo cuanto hiciera sería inútil: ni los partidarios del orden le otorgarían crédito, ni sus mismos adictos aceptarían del hecho otra versión que la oficial.

Era el heroe por fuerza; los negros, escarmentados de la jefatura del mulato lo aclamaban otra vez por jefe, como único redentor posible, ajeno á las ambiciones de riqueza y resuelto á sacrificar su bienestar en pro de la raza. Con esa rapidez que acaso parezca extraña á los que no conocen á Taití, la política se había adueñado del caso y ya ninguna voluntad podía arrebatarlo á sus garras. Para unos Eulogio Valdés era un traidor, para otros un abnegado.

Y en aquella cama de hotel, abandonándose ya á una resignación sombría, Eulogio, sin fuerzas para considerar el porvenir, pensaba que su sino era seguir siendo esclavo, no poseerse nunca y ser una cosa, una pobre apariencia de hombre, que los otros explotaban y torturaban con indiferencia. ¿Qué pensaría su madre? ¿Cómo se habría comentado la noticia en Taití?... Cien intenciones de curiosidad se sobreponían á su dolor, y siguió leyendo, leyendo, casi olvidado de que era su propia desgracia lo que leía.

En Taití, el día que se conoció el hecho fué de excitación general: los blancos sacaron sables enmohecidos, pistoles, carabinas, y hasta previnieron las enormes trancas conque aseguraban por las noches las puertas, en espera del ataque de los negros; los negros, sin pensar en atacar á nadie, para celebrar el acto de su jefe hicieron gran consumo de rom y organizaron una orgia; y los estudiantes, en signo de protesta, estuvieron ocho días sin asistir á clases...

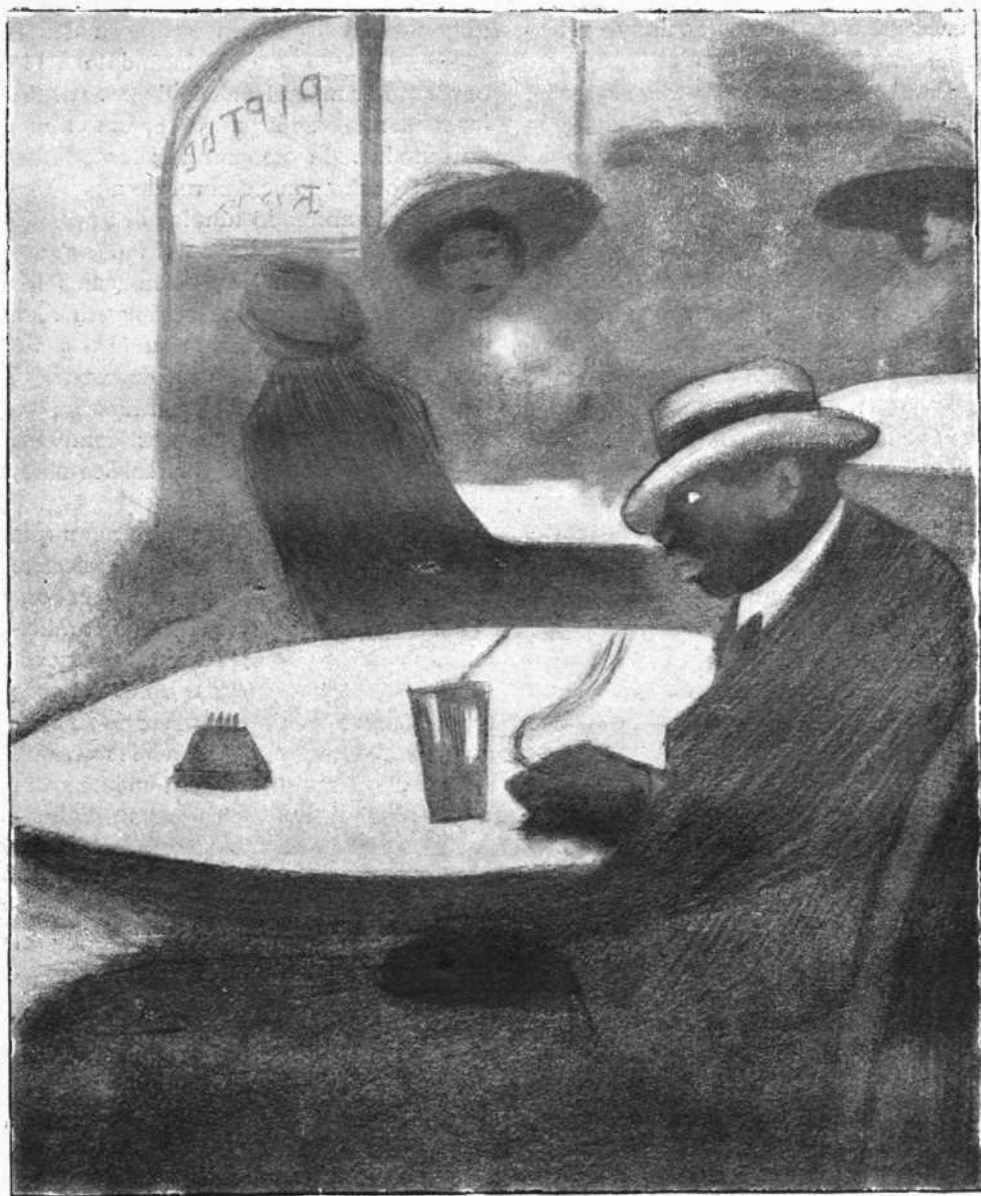
De pronto Eulogio Valdés pensó:

—Allá en Birmingham el canalla de Mr. Hohstkis se frotará las manos diciéndose: Otro cónsul que pasa...

Y crispó los puños.

∴

Y llegaron los días de miseria. Casi sin transición Eulogio supo de las comidas en las cremerías, de las misérrimas colacio-



... sen'arse en las terrazas de los bulevares...

nes de sesenta céntimos en los cafetines próximos al mercado, y de los días en que un panecillo y el agua de una fuente compusieron todo su alimento.

Llegaron las noches pasadas en las fortificaciones entre gentes dudosas, ó en los bancos de los parques, durmiendo á medias para huir á tiempo de los policías,

miserables con uniforme que persiguen implacables á los miserables desorganizados. La linda vecinita del restorán desapareció con el último billete de cien francos; Bulogio fué á esperarla á la salida del taller, pero no logró verla. Había cambiado de obrador para esquivarlo, y estaba ya perdida en la gran ciudad don-

de un cambio de barrio disminuye prodigiosamente las probabilidades de encuentro. En el hotel se sostuvo tres semanas, haciendo creer al dueño que esperaba un dinero que no podía llegar. La más reciente carta de su madre era toda quejas; con incertidumbre aludía al propósito del partido de enviarle recursos para el regreso cuando se firmara una amnistía prometida por el nuevo presidente, que acababa de derrocar al que lo había nombrado cónsul. Pero Eulogio que, además de vivir solo con medio sueldo, quiso resarcirse de las penas de Birmingham sin prever los días de escasez, no podría resistir allí, ignorado de todos, desconocido y repudiado por los del Consulado taitiano, que aprovechaban en él la ocasión de bienquistarse con el Gobierno. Su último dinero, administrado con cautela, lo empleó en franquear una carta á Taití, grito de auxilio para apresurar el socorro. Al echarla en el buzón Eulogio, solo en la calle indiferente y afanosa en torno á su desamparo, pensó en los días necesarios para que aquella carta llegara. Sin saber que hacer, sin esperar ayuda de nadie, pasaba los días en largas caminatas: eran los mismos paseos que antes, però, ¡cuán distintos! Ahora París se le presentaba con otra apariencia, acaso más real que la que viera durante los primeros días. París no era una muchachita vivaz, deseosa de parecer bien. París era un vampiro cubierto de afeites, que luego de secar á sus víctimas no les concedía piedad ni siquiera burla. Y llegaron los días de miseria, lentos, uniformes, esos días en que hasta el Sol ofende, porque es una fuerza triunfal ante la desesperación.

Como iba cada mañana al hotel impelido por la quimérica esperanza de que la carta se adelantase, consiguió inculcar confianza al «patrón», quien lo dejó dormir en un desván medio lleno de libros. La camarera, fiel en el infortunio, subía de noche, y sobre los textos científicos amontonados allí, sabe Dios por cuál con-

tingencia, Eulogio tomaba de su desdicha un desquite que, debilitándolo, se la hacía sentir más al día siguiente. Pasaba las mañanas amodorrado ó leyendo libros de química, sin comprender; las polillas habían hecho pan corporal de aquel pan del espíritu abriendo túneles al través de metaloides ó precipitados sin pararse á considerar si eran más estomacales los cuerpos simples que los compuestos. En una escapada la camarera subía á darle los cigarros hurtados en los cuartos, y al fumar Eulogio meditaba: «Mujeres, libros, tabacos... todo menos comida... ¡Casi el ensueño de aquel maldito amo, tal vez mi padre!»

Salía á media tarde, á esa hora en que las grandes ciudades tienen un misterio pleno de atracciones. Su empeño en conservar el aspecto burgués daba á su miseria algo de grotesco; marchaba muy erguido para parecer menos pobre. A veces tenía náuseas, vahidos; á pesar de la ayuda de la camarera pasaban días en que sólo un pedazo de pan con mantequilla podía procurarse. Los puentes adquirieron para él un encanto enfermizo. Recordaba su pesadilla de Birmingham, y llegó á figurarse predestinado á finalizar su existencia en el río ceniciento, trágico en las noches, cuando lo agitan reflejos temblorosos y las luces lo profundizan semejando llamas de cirio. Poseído del terror, pero obediente á una fuerza dominadora, permanecía largos ratos en el puente de Alejandro: allá lejos las dos torres de Nuestra Señora limitaban el paisaje á menudo nublado por el humo de los vaporcitos; el puente se cimbreaba al paso de los coches, y Eulogio, clavando la vista en el agua, meditaba: «París es artero; el Sena es un río de suicidas; este puente tan elástico es el mejor trampolín para dar el salto mortal»... E iba á ensayar una flexión, á concluir... cuando una silueta de mujer ó la fragancia de los álamos del jardín de las Tullerías, le obligaron á golpear el suelo con el pie y á decirse, casi

á gritarse: «¡No quiero morir, no quiero morir!»...

Fué á una agencia de colocaciones, y después de preguntarle lo que sabía hacer, le escribieron que sólo tenían por entonces un empleo de portero en un cinematógrafo del bulevar de los Italianos. Había transcurrido un mes desde el envío de la carta á Taití, y nada... Eulogio, pesadoso de habérsela dirigido á su madre, llegó á creer que el Gobierno la había interceptado. Cada noche, al llegar al hotel preguntaba:

—¿Ha venido algo para mí?

Lo hacía por instinto y por seguir el consejo de la camarera, más ducha que él, pero sabía que no podía llegar nada. Por eso aquella noche, cuando el cajero le dijo que había estado un señor «muy bien» á buscarlo, Eulogio quedó atónito y miró al hombrecito cara á cara, hasta encontrar en los ojuelos mortecinos, apenas entreabiertos detrás de los lentes, la convicción de que no era capaz de burlarse. Sometido á un interrogatorio, ya en presencia del amo, se supo que el visitante era un empleado de la Banca *Geo Vatan et fils* de la calle Rívoli y que había prometido volver al día siguiente.

Aquella noche la camarera subió con un pastel de jamón y una botella de vino. Estaba segura, como Eulogio, de que se trataba del dinero esperado. Eulogio lloraba de júbilo y ella le hacía ya las primeras peticiones para el día siguiente. El vino lo mareó en seguida y se puso á cantar canciones de negros que no creía saber. La muchacha le exigió que jurara cumplir lo prometido; falto de Evangelios Eulogio se lo juró sobre un libro de química. Y cantaba, cantaba... La muchacha no hacía más que preguntarle: «¿Y cuánto te mandan? ¿Verdad que haremos una buena *bombe*?» Eulogio se enfadó. Disputaron y se reconciliaron varias veces. El ruido debió llegar hasta abajo, porque los pasos del patrón se sintieron en la escalera. Al oírlos, apagaron la luz y todo que-

dó mudo. Sólo de rato en rato turbaba el silencio un autobús al subir jadeante la calle.

∴

—Un momento, señor Valdés, y soy con usted.

El salón era verde, amueblado con sobria riqueza. Eulogio, sentado en el borde de la silla, veía al banquero firmar los papeles que un empleado le iba presentando. De tiempo en tiempo el señor Vatan lo miraba de soslayo, y Eulogio, inquieto, trataba de ver en el barniz de un mueble si estaba mal, si el cuello que le planchara la camarera se había ajado. Cuando concluyó de firmar, el señor Vatan, volviéndose hacia Eulogio, le dijo:

—Dispénsame; he querido concluir del todo para que hablemos con descanso. Es la una... Usted me hará el favor de almorzar conmigo ¿eh?

Y como Eulogio insinuara un ademán de reparo, el señor Vatan se puso de pie y recorrió un tapiz, dejando ver un saloncito en donde la mesa estaba servida. Su cara, una de esas caras redondas que acaban inesperadamente en punta, tomó un gesto jovial; sólo sus ojos conservaban la expresión ladina. Eulogio, desconcertado, lo siguió. Ya ante la mesa el señor Vatan juzgó útil despejar la incógnita de la entrevista.

—Habíamos escrito á usted á Birmingham, proponiéndole que viniese, por nuestra cuenta, claro, para celebrar esta reunión. El señor Hohstkis nos escribió— mire usted que feliz casualidad,—diciéndonos que se hallaba usted aquí, y dándonos su dirección.

Eulogio iba de sorpresa en sorpresa. No, no era del dinero esperado de Taití de lo que se trataba. Como si no advirtiera su embarazo, el banquero, luego de servirle vino del Rhin y acercarle la bandeja de ostras, continuó:

—Voy á ser conciso; como sé que usted es muy inteligente...

—Gracias.

—... tengo la certeza de que vamos á entendernos... ¿Prefiere usted echarles pimienta? ¿No? Bien... Pues sí, nosotros hemos sabido el caso de usted; supimos su situación en Europa sin recursos, y nuestro empleado confirmó ayer por referencias recogidas en el hotel, nuestra suposición... Nosotros, señor Valdés, estamos dispuestos á salvarlo. Sí, no se sorprenda... Como usted es persona capaz de comprenderme, le diré que en nosotros hay, además del gusto de serle útiles, un interés. Helo aquí: acaso usted sepa que nosotros poseemos casi todas las acciones del ferrocarril oriental de Taití; nuestro propósito es fundir la compañía con la de Occidente, acaparar los ramales, y dotar al país de una red de comunicaciones perfecta, base de la riqueza futura. ¿Comprende? Para ello se tiene planteada la emisión de... En fin, para no cansarlo con detalles técnicos: mientras en Taití reine la intranquilidad, nuestro intento está paralizado y grandes intereses se perjudican. Como el nuevo presidente decretó la amnistía y nada se opone á que usted vuelva, hemos pensado en aprovechar su influencia decisiva sobre el partido..., de su raza; sólo el elemento de color se muestra hoy díscolo; si usted lo pacifica, hará un bien al país, y á nosotros... A usted se le alcanza que no es el momento de algaradas, que la nación está necesitada de paz, de ocasión de desenvolver sus medios, de... Usted es hombre civil y de seguro me comprende.

Un criado de librea iba llenando las copitas de vinos, diferentes para cada plato; el almuerzo fué excesivo. El señor Vatan amplió durante un rato su discurso hasta creer que Eulogio se adhería á sus ideas. Con la razón un poco nublada en general, pero más aguda, más lúcida para realizar ciertos pensamientos, Eulogio estimaba su caso... Era otra variante del tema de

su vida, otra ocasión de ser instrumento de los demás. Al principio tuvo un impulso de rebelión; pero las privaciones habían hecho mella en su temple... Su sueño era regresar á Taití, deshacerse del influjo maldito de su padre, ser un pobre hombre, un pobre negro, vivir en el campo, vivir aquella vida antes incomprendida y calumniada, la única que los blancos le consentían vivir... Después del champán, al alargarle un puro, el señor Vatan le dijo como si no tuviera importancia:

—Pero eso sí, señor Valdés, su decisión hemos de saberla hoy mismo... Hemos perdido ya tiempo, usted comprenderá... Nosotros no reparamos en sacrificios: sus deudas, el pasaje, una cantidad para la llegada, en fin... Necesitamos ganar lo perdido y poder dar garantías á nuestros accionistas... Precisamente mañana tengo que ir á Burdeos y lo acompañaría: el vapor para Taití sale el lunes de La Palice.

La nube del alcohol disipada de súbito, le dejó examinar en un momento las dos soluciones: la negativa... ¿Qué le diría el patrón del hotel? De seguro sería expulsado; recordó las noches sin techo, el Sena sombrío y atrayente... Luego la otra: ¿Y qué perdía con servir los intereses de aquellos banqueros, que eran además los del pueblo taitiano esquilado por las revoluciones, necesitados de paz bienhechora?... Sí, iría. Todos sus designios de retirarse de la vida pública, se desvanecieron ante la idea de poder ser útil á los suyos. Sí, iría. Sólo impuso la condición de que no se anunciara su llegada para dejarle unos días de reposo. El señor Vatan aceptó, le estrechó la mano, y en hombre práctico pasó á ocuparse de los detalles económicos. ¿Cuánto debía? No valía la pena de avergonzarse... Los negocios son los negocios. ¿Dos mil duros entre todo? Bien. Irían á pagar juntos al hotel.

∴

No hay lección bastante dura para los ilusos: Don Quijote se crecía á cada revés,



negándose á observar de-talle alguno que contradi-jese su qui-mera... Don Quijote es algo más que un hidalgo de los de lanza en astillero, galgo corredor y adarga antigua: Don Quijote es la idea del bien y del valor ab-solutos. Y para el que tie-ne un gérmen de Quijote en su espíritu, las voces de Sancho son

baldías. Eulogio no se detuvo á conside-rar que había estado dos días en París casi secuestrado, que iba de París á Burdeos como preso, sin poderse separar un instante de su protector; no quiso parar mientes en que saliendo el buque de El Havre, á tres horas de París, se eligió precisamente para embarcarlo el último puerto de escala, antes de Taití; ni por un instante pasó por su idea la de que el señor Vatan le hubiera engañado. Si alguien hubiese ido á decirle: «El señor Vatan juega á la baja y es, desde hace tiempo, el autor oculto de todos los disturbios de Taití; si alguien hubiera ido á decirle tal verdad, Eulogio habría protes-tado... Al salir de La Palicé, Eulogio Valdés suspiró diciendo adiós á las tierras inhospitalarias de Europa, y casi tendido en su silla extensible, se puso á contemplar el cielo... Y no sabía que por aquel cielo iban ondas eléctricas, avasalladas por el bien y el mal, como todas las conquistas del hombre, á anunciar á Taití su salida.



.. en los bancos de los parques ..

Desde dos días antes de llegar el buque comenzaron á circular noticias capciosas; esas noticias que la prensa llama rumores y que tienen la virtud de crear una

verdad con una mentira. Hubiera sido difícil designar la potencia oculta que las lanzaba; pero todos en Taití durante aquellos dos días dependieron de ella. Con solo decir que se proyectaba un recibimiento con carácter de protesta en honor de Eulogio Valdés, se consiguió organizarlo y amedrantar á las autoridades. Desde por la mañana una multitud de negros llenaba los muelles. La policía intentaba en vano contenerla. Era un alud que quebrantaba toda barrera y que, á veces, tenía en su centro torbellinos de erupción, como si hasta allí mismo se hubiera sembrado elementos para excitarla.

Apoyado en la baranda de cubierta, Eulogio veía la franja de tierra delinear-se; se precisaba la bahía; el buque cortaba el agua tersa; veían las banderas, veía la playa bajo el Sol, hubiérase dicho que se podía andar por el mar. Los muelles se acercaban, se acercaban, y sobre ellos la muchedumbre tenía un vaivén y un rumor de oleaje. Al atracar el buque Eulogio fué arrebatado por los suyos. Su madre, llorando, le dijo que su hermana estaba en cama de resultas de una fiebre puerperal... Todos querían verlo y abrazarlo á la vez. Se dieron vivas. Falta de organización, la multitud, al querer moverse, se atropellaba á sí misma. Se oyeron gritos, protestas. Sobre la masa ululante surgió un pendón subversivo. La policía al sentirse impotente quiso multiplicar sus fuerzas y entonces se originó el pánico. Voces

dispersas se hicieron oír: «¡Nos asesinan!» «¡A defenderse, á defenderse!» «¡Viva Eulogio Valdés!» Se oyó una detonación, otra, otras, muchas. Cuchillos esgrimidos con desesperación se enrojecieron. Las tropas acuarteladas se echaron á la calle y creyéndose atacadas por la muchedumbre que huía, la recibieron con una descarga. Desde el centro del grupo de íntimos, que había quedado solo en la explanada, Eulogio vió avanzar la tropa, y caer algunos á su lado. Una voz de presentimiento le decía que por última vez estaba sirviendo de juguete á los hombres. Pensó en su madre, separada de él en la fuga. Más hombres caían á su lado. Oíanse toques de corneta y un ga'opar distante. La tropa desplegada en una línea se detenía por momentos para disparar: una sierpe de fogonazos la surcaba, y después continuaba avanzando. Eulogio vió dos soldados apuntándole, quiso gritar, y ya no pudo... Junto á su cuerpo la tierra se esponjó con la sangre de tres heridas. Respiraba aún. Un sargento lo remató de un culatazo.

;;

Cuando cinco horas más tarde se restableció la calma, un hombre bien vestido entró en la oficina de telégrafos y pidió con acento extranjero un impreso de cablegrama, sobre el cual escribió: «Vatan fils París. Negocio hecho.»

Se pondrá á la venta esta semana

Belmonte, el misterioso

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por **GOMEZ-HIDALGO**

Prólogo de **DON MODESTO**

Con ilustraciones y portada á tres

tintas de **RICARDO MARIN**

50 CÉNTIMOS

Lea usted todas las semanas

Crónica del Crimen

PUBLICACION GRAFICA

La de mayor actualidad

La más económica

16 páginas

5 céntimos

El Libro Popular

Revista Literaria

Que publica todos los martes una novela
ilustrada, completa y rigurosamente inédita

Director: F. GOMEZ HIDALGO

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. *El hampón*, por Joaquín Dicenta.
2. *El milagro*, por Vicente Blasco Ibáñez.
3. *El retorno*, por Antonio de Hoyos y Vinent.
4. *Flérida*, por Cristóbal de Castro.
5. *El amor de Doria*, por R. López de Haro.
6. *Del abismo, al amor*, por Benigno Varela.
7. *Su Majestad*, por José Francés.
8. *La intrusa*, por Manuel Bueno.
9. *La araña*, por Ramón Pérez de Ayala.
10. *El ruso*, por Ramón Gómez de la Serna.
11. *A los treinta años*, por Eduardo Zamacois.
12. *La primera de abono*, por Antonio de Hoyos y Viñent.
13. *Los piratas de los barrios bajos*, por Eugenio Noel.
14. *Chamberí*, por Fuencarral. por Pedro de Répide.
15. *MI Dulcinea*, por Carlos Miranda.
16. *Tres líneas del «Matin»*, por Alberto Insúa.
17. *El obstáculo*, por Luis de Val.
18. *La piel*, por A. Hernández Catá.

En el número próximo se publicará

EL ROBO EN LA JOYERÍA DE LA CALLE REAL

Novela por EDUARDO BARRIOBERO

SEGUIRÁN:

- El caballo blanco*, por J. Francos Rodríguez.
El libro de las cacerías, por Rodrigo Soriano.
Así, por el Doctor Wilde, ministro de la Argentina en España.
El niño judío, por Angel Guimerá.
Mama Jesusa, por Antonio Zozaya.
Su Excelencia, por Pompeyo Gener.

PRIMOROSAMENTE ENCUADERNADAS, CON LUJOSAS TAPAS,
ACABAN DE PONERSE A LA VENTA COLECCIONES DE «EL LIBRO POPULAR» EN 1912, QUE CONTIENEN VEINTICINCO NOVELAS DE LOS SEÑORES

Joaquín Dicenta - Condesa de Pardo Bazán - Luis Morote - Antonio de Hoyos - Carlos Miranda - Antonio Zozaya - Emilio Carrere - Antonio Domínguez - Felipe Trigo - Carmen de Burgos - Sinesio Delgado - López de Haro - Antonio Viérgol - Eduardo Zamacois - Gómez Carrillo - Asensio Más - Fernández Villegas - El duende de la Colegiata - Eugenio Noel - Jose Francés - Ange. Guerra - Pedro Mata - Colombine - Javier Bueno.

Precio de la colección encuadernada: 7 ptas.
Tapas sueltas para encuadernar: 1,50 ptas.

MADRID
P.º de las Delicias, 60

PARIS
Bd. Saint Germain, 168

B. AIRES
Estados Unidos, 2065